



SAQUEO

al corazón

MAFIA I

BÁRBARA PADRON



Saqueo al corazón

© 2018, Bárbara Padrón Santana

© De esta edición: Ediciones Besos de Papel

© Cubierta e interior: Munyx Design

© Imagen cubierta: fotolia

ISBN: 978-84-948151-0-2

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

índice

PRÓLOGO

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28
- 29
- 30
- 31
- 32
- 33
- 34

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Otras Publicaciones](#)

Dedicado a todos mis apoyos.

PRÓLOGO



La limusina llegó a la nave industrial en poco tiempo. La noche era oscura y la iluminación de la zona muy escasa, alguna que otra farola, en su mayoría, rotas por los vándalos que circulaban por allí normalmente.

Una vez aparcó el vehículo delante de la entrada, el chófer se bajó para abrirle la puerta al único ocupante que iba dentro. Cuando la abrió, un hombre, vestido de traje y corbata, se bajó y se dirigió al interior de la nave con paso pausado.

En el centro, donde un único foco de luz iluminaba, había un hombre atado a una silla. Tenía la cara magullada por la cantidad de golpes que había recibido, probablemente su cuerpo estaría igual. A su alrededor, varios hombres de negro saludaban con respeto al que acababa de entrar.

— Espero que sea importante — dijo este mirando a los hombres — . Me habéis hecho salir de la fiesta de cumpleaños de mi querida hermana.

— Señor, tenemos a uno de los esbirros de los Zanetti, hemos intentado que hablara, pero se niega.

El tipo se acercó al atado mientras cogía de la mano de uno de sus hombres una taser eléctrica.

— ¿Qué hacías en mi casa? — le preguntó fríamente.

— No sé, a mí me mandaron a vigilar.

— Te contraté como jardinero, has traicionado a la familia Graziani y eso merece un castigo ejemplar. — Hizo una señal a uno de sus hombres y este asintió, cogiendo un cubo lleno de agua para tirárselo encima, entonces él puso la taser en funcionamiento y la acercó al cuerpo del desgraciado que lo había traicionado. Las convulsiones no se hicieron esperar — . Con la familia Graziani no se juega, espero que no lo olvides.

Separó la taser y el pobre hombre respiró agitadamente intentando recuperarse mientras su cuerpo seguía convulsionando.

— Yo no quería, me amenazaron... — logró decir.

— Zanetti no tiene la valentía suficiente para encararme, solo sabe mandar a esbirros a mi territorio. Pudiste haberme pedido ayuda y no lo hiciste. Tuviste la oportunidad de salvarte, ahora es tarde, nos veremos en la otra vida. Chicos, ya sabéis lo que hay que hacer.

Dicho esto, se giró y se marchó haciendo oídos sordos a las súplicas del tipo al que habían torturado. Esa misma noche lo recibiría el agua gélida del mar.

1

El olor a salitre en el ambiente le despejó la mente aún embotada por el sueño que se había pegado en su noche de guardia en la comisaría de Florencia, preguntándose por qué lo habían llamado a él si podían llamar a la policía de Livorno.

Se internó en el puerto hasta ver el despliegue policial de coches celestes con líneas blancas por un lado hasta el capó. Junto a estos había una ambulancia blanca y naranja con las luces de las torretas encendidas.

Se bajó de su coche, un Fiat Punto de color negro, y se ajustó unas gafas de sol de espejo, ocultando así sus ojos azules. Se pasó una mano por el pelo corto rubio y luego por la barba de dos días mientras se acercaba a donde estaba el grupo de criminalística.

En el suelo había una bolsa negra abierta, con un cuerpo pálido en su interior, mientras un tipo moreno con gafas de pasta se dedicaba a sacarle fotos desde todos los ángulos posibles.

El tipo rubio se acercó a uno de los de criminalística.

— ¿Otro más? ¿Cuántos llevamos en los últimos tres meses?

— Este es el quinto — dijo el chico apartándose el pelo algo largo de color castaño para mostrar sus ojos verdes musgo — . Tiene marcas de ligaduras en muñecas y tobillos. Varios golpes por todo el cuerpo y algunos signos de quemaduras que podrían ser perfectamente los de un objeto que produzca electricidad.

— Lo torturaron y luego lo lanzaron al mar...

— Con un bloque de cemento, tan típico — dijo el tipo suspirando.

— ¿Cómo lo encontraron?

— Al parecer alguien vio cómo lo lanzaban.

— Vaya, tenemos un testigo. Y ¿qué ha dicho?

— No mucho, que vieron tirar a un hombre al fondo del mar desde aquí. Ni descripciones, ni nada.

— Quiero un informe completo de la autopsia, nombre, apellido, dónde vivía, ya sabes. Este hombre podría tener familia y deben saber que por meterse donde no lo llamaban lo pilló la mafia.

— El lastre de *La bella Italia* — dijo el tipo con claro acento toscano.

— ¡Leo Ruggeri! — gritaron a su espalda.

El joven policía se giró y se topó con un hombre algo mayor con pelo entrecano y un espeso bigote cubriéndole la boca. Puso los ojos en blanco, aunque por suerte este no lo vio ya que aún llevaba las gafas de sol puestas.

— Vaya, señor Cantoni, no pensé encontrarme con usted por aquí.

— Este es el quinto en los últimos tres meses, es un caso tuyo, ¿dónde están los culpables que no aparecen? Los del gobierno se me están echando encima con todo esto. Ya no es solo la prensa nacional la que se hace eco de esto, tenemos a la internacional, la tercera víctima era un español y no van a andarse por las ramas con el tema.

— Créame que estoy haciendo todo lo que puedo, pero usted sabe cómo es la mafia. Se escurre como el agua entre los dedos.

— No me importa, quiero a la mafia controlada y que dejen de estar matando a los ciudadanos de la Toscana.

— Lo que usted ordene, señor.

— Bien, quiero un informe detallado en mi despacho esta misma tarde.

— Lo tendrá — dijo Leo mientras el señor Cantoni se alejaba hasta un coche policial que lo llevaría a la comisaría — . Maldito cascarrabias.

El chico de criminalística soltó una carcajada.

— Te quedas corto con el insulto, amigo. Abajo lo llamamos Hulk, ¿Te has dado cuenta de que cuando se enfada mucho se pone verde como el personaje de Marvel?

Leo no pudo evitar soltar una carcajada.

— ¿Os han dicho que estáis un poco chiflados?

— Lo sabemos tío, pero qué le vamos a hacer. Nadie es perfecto — dijo encogiéndose de hombros — . Vamos a proceder al levantamiento del cadáver. Nos vemos luego en la comisaría, con un primer informe del pobre desgraciado que se atrevió a desafiar a la mafia.

Leo asintió y se apartó para sacarse el móvil del bolsillo de los vaqueros. Debía llamar a Byanca y decirle que hoy iba a llegar tarde por lo del cadáver que acababan de encontrar. ¿Estaría despierta o aún era muy temprano?

Miró la hora en él móvil y supuso que aún estaría durmiendo, por lo que decidió enviarle un mensaje de WhatsApp para contarle brevemente lo ocurrido y que no llegaría temprano a casa.

— Maldita sea una y mil veces la jodida mafia — blasfemó mientras se dirigía a su coche, para así poder volver otra vez a la comisaría a revisar todos los informes de las otras muertes para buscar alguna nueva pista.

Para su desgracia, cada muerte era diferente con respecto a las otras y no había ningún patrón determinado salvo la del bloque de cemento y el mar. Todas las torturas a las que eran sometidos no se igualaban entre ellas.

Cuando llegó a la comisaría, entrada ya la mañana, se metió en su despacho en el que había una enorme pizarra con las fotos de los anteriores asesinados. E en el centro escrito en mayúsculas se hallaba la palabra "mafia".

Estaba observando aquella pizarra, apoyado en la mesa con los brazos cruzados cuando llamaron a la puerta.

— Pase.

La puerta se abrió dejando paso a una joven de largo cabello castaño claro y ojos marrones que miró a Leo, el cual estaba de espaldas a ella.

— Me han dicho que ha aparecido otro más en el puerto de Livorno — dijo la joven acercándose con dos vasos de café que había conseguido en una cafetería cercana.

— Sí. Los de criminalística están con el cuerpo ahora mismo y estoy a la espera de un informe para añadirlo a la lista que tenemos aquí — dijo tomando uno de los vasos que ella le había ofrecido — . Cantoni ya está metiendo prisa para cerrar el caso, pero si siguen matando a estos hombres no habrá forma de cerrarlo.

La joven se apoyó en la mesa al lado de Leo, acentuando más su figura con aquellos vaqueros de pitillo tan ajustados, y la camiseta de tirantes con encaje en la espalda se había levantado dejando ver parte de esta.

— Cantoni siempre tiene prisa para todo. No entiendo cómo es que no le ha dado un infarto ya.

— Hulk es fuerte — dijo Leo sonriendo al recordar el apelativo que le habían puesto los de criminalística.

— ¿Hulk? — preguntó la chica enarcando una ceja.

— Los de criminalística, que son unos cachondos, Clairee — dijo Leo — . Al parecer le han puesto ese apodo porque dicen que se pone verde cuando se enfada.

La joven lo meditó durante unos segundos y luego asintió con un gracioso mohín de sus labios.

— Pues ahora que lo pienso... sí, tiene cierto parecido.

Ambos se miraron y soltaron una carcajada ante lo que había derivado el tema. Cuando pararon de reírse, Leo miró su móvil para ver si Bianca le había contestado y, al parecer, así era.

— Mierda, no me acordaba que hoy tenía la entrevista de trabajo — se lamentó Leo dejando el móvil a un lado — . Le prometí que la acompañaría.

— Si quieres puedes irte y yo te cubro.

— Cantoni quiere verme a mí cuando haya un informe, si me voy ya sabes cómo se pondrá.

— Bueno, Byanca lo entiende, ¿no?

— Sí, pero no es la primera vez que no cumplo una promesa y esta era importante para ella. Sé que no se enfadará, aunque me hubiese gustado estar allí, acompañándola.

— Otra vez será.

Leo asintió y se sentó en el asiento mientras encendía el ordenador.

La alarma del despertador sonó estruendosamente en el silencio del ático lo que la hizo incorporarse rápidamente. Se frotó los ojos bostezando y sacó los pies fuera de la cama mientras apagaba el despertador que la había sacado del maravilloso sueño que estaba teniendo.

Se levantó sin ponerse las zapatillas y se dirigió al baño para darse una ducha y despejarse. Hoy era un día muy importante y debía estar fresca como una rosa.

Se miró en el espejo frunciendo el ceño y se apartó algunos mechones rubios de la cara. Tenía bastante mal aspecto y deseó que la ducha hiciera su trabajo con ella.

Se quitó la ropa que usaba de pijama, unas bragas rosadas y una blusa de tirantes del mismo color que dejó en el cesto de la ropa sucia que había allí mismo y se metió en la ducha, suspirando de placer por el calor del agua sobre su cuerpo destensando los músculos agarrotados.

Tras la ducha, se envolvió en una toalla mientras se secaba el pelo con otra y se dirigió a su habitación para mirar el armario y sacar algo adecuado para la entrevista de trabajo que tenía esa misma mañana. Se decidió por un traje de falda y chaqueta de color azul marino con blusa de seda blanca.

Se sentó en la cama para echarse crema hidratante cuando vio una pequeña lucecita en su móvil. Se limpió las

manos y lo cogió para ver que era un mensaje de WhatsApp. Cuando leyó el contenido, suspiró cansada.

— Siempre lo mismo — dijo poniendo morros mientras le contestaba y luego lo dejaba sobre la mesilla de noche.

Siguió con la crema y luego procedió a secarse el pelo con el secador y maquillarse un poco. Nada exagerado, más bien sobrio, aunque destacando sus labios con lápiz labial rosa. Los destacaba, ya que sus ojos quedaban ocultos por sus gafas de pasta negras.

Finalmente se vistió y se puso unos altos taconazos de aguja y plataforma delante del mismo color que el traje. Cogió su bolso y se miró en el espejo una última vez. Se peinó un poco la larga melena con los dedos y mostró una sonrisa confiada.

— Byanca, esta es tu oportunidad, aprovéchala. No te pongas nerviosa.

Tras esto, salió del ático hasta la calle donde llamó a un taxi para que la llevara a la zona empresarial de Florencia.

Quería llegar temprano para dar una imagen de puntualidad que normalmente no tenía. Siempre llegaba justa a todos los sitios.

Casi estaba llegando a su destino cuando el taxista se detuvo bruscamente haciéndole dar un brinco.

— ¡Malditos atascos! — se quejó el taxista tocando la bocina.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Byanca mirando al frente.

— Un atasco, señorita.

— Oh, por Dios, no llegaré a tiempo — dijo mirando la hora en su móvil, luego sacó su cartera y le dio un par de billetes al taxista — . Tome, quédese con el cambio.

Sin esperar respuesta, Byanca se bajó del taxi y se dispuso a ir lo más rápido posible hacia la empresa donde tenía la entrevista. Por suerte, no estaba muy lejos. Si hu-

biera sabido que iba a tener que caminar tanto tiempo, se habría traído otros zapatos.

Volvió a mirar su móvil, aún le quedaba tiempo para llegar. Menos mal que había decidido salir mucho antes de lo estipulado.

Llegó ante las puertas de la empresa y sonrió al ver que había llegado por lo que se apresuró a entrar por la puerta. Sin embargo, se le trabó uno de los tacones en una alfombrilla y su pie quedó descalzo durante unos instantes. Maldiciendo a las tapas de alfombrilla, se agachó para recuperar su zapato haciendo fuerza.

Tanta fuerza hizo que el tacón salió y ella salió disparada hacia atrás chocando su cuerpo con otro. Por un momento pensó que iba a caer al suelo, pero unas grandes manos la agarraron de la cintura antes de que eso ocurriera.

Byanca levantó la mirada y se topó con unos ojos azules clarísimos en un rostro masculino, el pelo, algo alborotado de color castaño llamó su atención por lo brillante que parecía bajo la luz del sol. Bajó la mirada hasta topar con sus labios, tan sensuales que casi parecían pedir a gritos ser besados. Estos se movían diciéndole algo, pero no supo reaccionar hasta más tarde.

— Perdón — dijo ella sonrojándose.

— ¿Se encuentra bien?

— Sí, el tacón se trabó en la tapa de una alfombrilla e intentaba recuperarlo — dijo ella mostrando el zapato, algo avergonzada — . Muchísimas gracias por salvarme de una caída.

— No me lo agradezca, cualquiera lo hubiera hecho en mi lugar. Además, esa falda no merecería acabar en un charco de barro como ese — dijo él mirando un charco que había justo debajo de ellos y que había manchado sus pantalones.

— Oh, lo siento, se le han manchado los pantalones. No sabe cuánto lo lamento. Venga, vayamos adentro que

conozco un truco para limpiar los pantalones.

— Parece que tiene prisa — dijo él — . ¿Acaso llega tarde?

— Quise salir con tiempo para una entrevista de trabajo aquí mismo, pero parece que el mundo está en mi contra. Primero el atasco y ahora esto. Algo me dice que esta entrevista no me va a ir muy bien — se quejó mientras se sacudía la falda y se ponía el zapato — . Pasemos dentro y se lo limpio.

— No se preocupe por eso ahora, quizás debería entrar ya o llegará más tarde.

— No creo que me cojan — dijo desanimada.

— ¿Por qué lo piensa?

— No lo sé, mi intuición me lo dice.

Él se acercó a ella y quedaron rostro con rostro.

— Yo creo que su intuición se equivoca — dijo mostrando una leve sonrisa.

— ¿Por qué lo dice?

— Porque aún no ha hablado conmigo en mi despacho — dijo él — . Hemos llegado los dos a tiempo, señorita. Saulo Graziani, dueño de Marittimo Graziani.

La joven abrió los ojos desmesuradamente al saber que aquel hombre al que había estado a punto de tirar sobre un charco de barro era el dueño de la empresa en la que quizás podría empezar a trabajar.

“Bien empiezas, Byanca”, pensó para sí misma sin dejar de observar aquella sonrisa de dientes blancos.